

## LOS PEREGRINOS DE LA ESPERANZA

por William Morris

### I. «El Mensaje del Viento de Marzo»

Bella es la primavera ahora, y ahora la tierra mira  
con los ojos de un amante la cara del sol;  
dura mucho tiempo la luz del día, y la esperanza abraza  
los acres de verde que ya se florecen en aumentos.

Aquí es dulce, es dulce errar por la tierra  
entre los pájaros y las flores y las bestias de los campos;  
Se mezcla amor con amor, y ningún mal abrumba  
tu corazón o el mío, donde todo pesar es curado.

De condado a condado, a lo largo de colinas y parcelas,  
ya hemos vagado lejos, y fue largo el día,  
mas ahora se acerca la víspera al borde de la aldea,  
donde la iglesia gris se destaca sobre la pared gris.

Hay viento en la luz crepuscular; en la vía blanca ante nosotros  
las pajas del corral de los bueyes vuelan alrededor en el aire;  
se levanta el canto de la luna, y en lo alto tiritita un astro,  
y la veleta de la cúspide dudosamente ondula.

La carretera desciende allí abajo, hacia el puente que atraviesa  
el arroyo que se ajetrea al Támesis y al mar.  
Acércate, dulce, somos amante y amante;  
esta noche a la dicha y a mí eres dada.

¿Siempre estaremos felices? Acércate y escucha bien:  
me dijeron allá que tres campos más abajo, cuando la luna nueva  
se pone, si el cielo de marzo se oscurece, desde la cima del cerro  
quizás veremos el resplandor de la gran ciudad.

¡Escucha el viento en las ramas de olmo! Sopla de Londres,  
y del oro y de la esperanza y del desasosiego relata,  
del poder que no puede; de la sabiduría que sabe  
pero que no enseña nada de lo peor y de lo mejor.

De los ricos relata, y raro es el cuento  
como tienen, y anhelan, y agarran a lo lejos;  
y viven y mueren, y la tierra y su gloria  
les han sido como un peso que no pueden tolerar.

¡Eschuchen! El viento de marzo relata de nuevo de una gente,  
de la vida que vive allá, tan demacrado y lúgubre  
que si nosotros y nuestro amor entre ellos residieramos  
mi cariño fallaría, tu belleza se oscurecería.

La tierra que amamos en amor y en ocio  
les cuelga en las alturas, fuera de su alcance;  
las colinas anchas sobre el llano del mar no les gustan,  
las casas grises de sus padres no les divulgan su historia.

Los cantantes han cantado y los constructores han construido,  
los pintores han moldeado sus cuentos encantadores;  
¿Para qué se ha dorado el libraco del mundo, para quién,  
cuando todo es para éstos, excepto el negro de la noche?

¿Qué largo y para qué perseveran con paciencia?  
¿Cuántas veces, cuantas veces será contada su historia,  
mientras la esperanza que nadie busca se esconde en oscuridad  
y, congojado y dolido, se envejece el mundo?

Volvamos al mesón, mi amor, a las luces y al fuego,  
a la melodía vieja del violinista, al arrastramiento de los pies;  
pronto habrá allí reposo y deseo,  
y allí será dulce el alba de la mañana.

Mas mientras nos paseamos, amor, el viento sopla atrás,  
llevando el último cuento que narra esta noche,  
como aquí en la primavera el mensaje nos halla;  
pues la esperanza que nadie busca sale a la luz.

Como la semilla del medio invierno, inobservado, imperecedera,  
como el trigo sembrado en otoño que bajo la nieve es verde,  
como el amor que nos abrumó, desprevenidos, sin amar,  
como el bebé bajo tu faja que crece oculto,

así brota y crece la esperanza del pueblo --  
huyen, delante de ella, el reposo, la ceguera, y el temor;  
nos manda que aprendamos toda la sabiduría que sabe;  
nos ha hallado y agarrado, y nos manda que oigamos,

pues lleva el mensaje: "Levántense por la mañana  
y diríjense hacia la duda y hacia la lucha;  
unan su esperanza a la nuestra, mezclen su pesar con el nuestro,  
y busquen el amor del pueblo durante los días breves de la vida."

¡Pero miren! El viejo mesón, y las luces y el fuego,  
y la melodía vieja del violinista, y el arrastramiento de los pies--  
pronto nos habrá quietud y reposo y deseo,  
y el alzamiento de la mañana en hechos será dulce.

## II. «El Puente y la Calle»

En medio del puente nos detuvimos allí asombrándonos,  
por fin en Londres, delante de la poniente luna  
mancillada y roja donde el bosque de mástiles fue partido  
por el vacío de neblina nocturna, el aliento de la ciudad.

Por ambos lados estuvo la ciudad, y corrió debajo de ella  
el oscuro Támesis combativo y callado por las ruedas y los pies.  
Fue un sueño extraño que alguna vez lo habríamos visto,  
y extraña fue la esperanza que habíamos vagado a ver.

¿Fue todo nada más que confusión? ¿Cuál hombre, cuál amo  
poseyó cada uno de estas personas que se apresuraron?  
Como un torrente fluyeron las caras, y a todo meter  
corrió la acelerada deriva de los pies del gentío

hasta que estos sola una cosa parecieron, y nosotros  
dos otra frágil y débil, joven y desconocida.  
¿Qué signo entre todos distinguió enemigo de hermano?  
¿Qué signo había de la esperanza crecida en los corazones?

Fuimos a nuestra pensión lejana del río,  
y dormimos, olvidamos, y recordamos en sueños;  
y a amigos que no conocí me esforcé por librarlos  
de un gentío que derramó encima en arroyos inmensurables

cuyo destino no supe, hasta que al parecer  
me despertaba la primera noche en Londres al lado  
de mi amor, que era gastada y mudada, y el corazón  
compungido de un terror que me impedía que moviera.

Finalmente de veras me desperté, y ella junto a mí  
estuvo acostada, fresca y bella en el sueño, mas yo por un rato  
me quedé acostado, pues que el temor de mi sueño  
quedaba en el frío rato triste que precede el alba.

Entonces fui a la ventana, y vi por debajo de mí  
los carros del mercado dirigiéndose por la pálida calle,  
y parecía el olor del heno y de las finas hierbas conocerme  
y buscar el corazón para ver la tristeza del alba.

Aquellos pasaban, y avanzaba el día; con caras despiadadas  
las casas insulsas fijamente miraban a sus presas en su trampa;  
fue como si hubieran asfixiado todos los bellos sitios matutinos,  
donde en amor y en ocio había sucedido el júbilo nuestro.

Se me cayó el alma a los pies; murmuré, «¿Qué es lo que hacemos  
en esta red torva de Londres, esta cárcel fortalecida  
por la avidez de las edades, mientras nuestras jóvenes vidas  
persiguen un fantasma que sólo nos lleva a la muerte en oscuridad?»

Avanzaba el día, y el crepúsculo ya no luchó contra él,  
y ahora pasaban acá y allá unas pocas personas.  
Una mera imagen de lo que había sido ardiente y vivo  
parecía la esperanza que nos indujo a vivir o a morir.

No obstante, nada más parecía alegre; el pasado y su placer  
eran ligeros e indignos, ya pasados, ausentes. Si la esperanza  
nos hubiera engañado, si se escondiera su tesoro, ningunos  
de todos los premios de la vida nos quedaría.

¡O amor, ponte de pie junto a mí! El sol ha salido  
este primer día de Londres, y estuvo aquí la vergüenza.  
Pues vi que fue como barras de cárcel la vida nueva;  
la esperanza se enfrió, y parlamenté con el miedo.

¡Ay! Tu cara entristezco, y tus ojos grises me regañan.  
Sí--mas la vida ya no es como en historias de antaño;  
ningunas hermosas palabras nuestras ya no esconderán  
ni las noches de los desdichados, ni las madrugadas de los pobres.

En un tiempo nos lamentamos, temimos, vacilamos, por nosotros  
y uno por otra, mientras éramos dos todavía;  
mas no fue alterada por nuestro dolor ni pizca del mundo;  
nuestra debilidad no lamentó nada y fue vano nuestro miedo.

Ahora la debilidad, el dolor, la pasión y el miedo  
desde ahora sentiremos así como hace poco los sentimos;  
pero ahora de todo esto los debidos hechos haremos  
con los ojos sin ceguera, con el corazón sin engaño.

Lamentémonos, pues--y en el dolor a cada alma socorramos;  
temámonos--y sigamos adelante donde pocos osan pasar;  
vacilémonos en la esperanza--y planeemos hechos para la mañana,  
el mundo coronado de la libertad, y la caída del enemigo.

Como el soldado que se despide llorando de la estancia  
cuya boca recuerda los besos de su enamorada,  
mientras todo alrededor de él las balas barren el cielo  
pero, severo y valiente, muere allí en su puesto,

sí, ¡así sean las vidas nuestras! Así que en el porvenir,  
cuando la batalla es ganada y la historia contada,  
será escondido el dolor, y recordada la risa,  
y nuestros nombres serán los de los brillantes y de los intrépidos.

### III. «Enviando a la Guerra»

Era allí en nuestra aldea lejana que oímos de la guerra ya comenzada  
en la que luchó ningún vecino nuestro, salvo él de los labios gruesos, el hijo del hacendado,  
un joven y un imbécil y un capitán que venía y que se andaba,  
dejándome feliz por su marcha. Había cosas pocas que decir  
de la guerra, de su cómo y de su porqué, pero las decíamos con bastante frecuencia;  
los periódicos nos daban nuestra sabiduría, que apresuradamente leíamos.  
Mas yo, maravillándome, guardaba silencio, pues pensaba en la locura de los hombres,  
en las bellas vidas arruinadas y rotas que jamás serán zurcidas,  
y en el cuento dejado perplejo por mentiras, sin causa para que un hombre la pueda escoger;  
nada que maldecir o bendecir--no más que un juego que ganar o perder.

Pero aquí eran las calles de Londres--la lucha andaba a hurtadillas en el mundo,  
y la bandera de un pueblo antiguo se desplegó ante la brisa de la batalla.  
Y ¿quiénes ayudaban o prestaban atención? Las chillonas tiendas exhibían  
los juguetes de la locura de los ricos, hechos mediante el trabajo cegado;  
de la nada los caballos de piel brillante halaban hacia la nada  
a hombres flojos, y a suaves mujeres espolvoreadas con nada que hacer;  
mientras todo alrededor de ellos los flujos de la calle fluían y menguaban:  
pies agotados, grises caras ansiosas, grises espaldas dobladas bajo el cargo.  
¡He aquí los hijos de un pueblo antiguo! Por esto lucharon y cayeron  
en los días hechos gloriosos por la fama, en el cuento que los cantantes cuentan.

En la calle estuvimos nosotros dos de pie, en el medio de una gran muchedumbre,  
cuyo murmullo mezclado sonó muy fuerte en el cielo arriba.  
La tierra con su escualidez fue asquerosa--aquel arroyo cotidiano,  
los pies apresurados del trabajo, las grises caras agotadas  
moldearon una dolorida vista penosa, y ya yo había visto bastante y de sobra  
la dura falta punzante entre nuestros plácidos campos verdes--  
pero todo fue nada ante esto, la muchedumbre de Londres de los días feriados.

Estuvieron de pie lerdos, con el aire de los derrotados, y arrastraron los pies mientras el hedor de las guaridas en las que se habían acostado de noche flotó con el viento y envenenó la primavera iluminada por el sol: ninguna historia que los hombres pueden encontrar es oportuna para el cuento de sus vidas; ninguna palabra hecha por hombres contará ni el tinte de sus caras ni sus harapos desastrados: Por esto nuestra edad ha creado--estos son los hijos de los libres, que llevarán nuestro nombre triunfante por cada tierra y mar. Lean los almas en sus caras--¿qué los ayudará allí? Sin alegría, sin esperanza, sin vergüenza, sin ira, fija es su mirada: ésta es la cosa que hemos hecho, y ¿qué nos ayudará ahora? Pues el campo es cultivado y labrado, y los dientes del dragón crecerán.

Mas ¿por qué se han juntado, y qué es esta multitud en la calle? Es un día feriado, aunque aquí y allá vemos el paño fino del comerciante apresurado, o la cesta de herramientas del obrero. Dicen que por fin estamos rompiendo las trampas de los bellacos y de los necios, que lanzado contra el enemigo es un grito del corazón de la nación, y que desplegada ante la brisa de la batalla es la bandera de un pueblo antiguo. Los soldados se han ido a la guerra; estamos aquí para mirar la vista, y todas nuestras penas serán escondidas por el pensamiento de la fuerza del país. Es la ira ordenada de Inglaterra y su esperanza del bien de la tierra que hoy despedimos, y muchos regalos de valor seguirán la espada y la bala, y nuestra furia no será ninguna maldición, sino una bendición de vida para los indefensos--a menos que seamos nada más que mentirosos-- y éstos que vemos son los remitentes; éstos son los que disparan el pavor y la bendición de Inglaterra para ayudar el mundo en apuros.

En angustia era mi esperanza, y me di vuelta para mirar a mi amada, cuyo asombro y cuya congoja sin lágrimas vi, y supe que su pensamiento era el mío--cuando, ¡escuchen!--encima del bullicio y del ruido, la voz acompasada de la música, ligera y lejana; la muchedumbre oscilaba y, por alguna razón que no sabía, un sueño al corazón me penetró de la liberación que se acercaba. Entonces con el fragor y con el trueno de tambores, la música más y más ruidosa creció, y la calle entera rodó y se encrespó, y la muchedumbre del día feriado fue hendida, hasta que dos paredes de caras y de trapos bordearon los dos lados de la vía. El clamor de los gritos se levantó hacia arriba mientras reluciente y brillantemente se alzaban los cobres vociferantes de la banda, y a todo meter palpitaba el corazón, ya que se adelantaba el río de acero, y la furia de Inglaterra andaba por la falta y por el pesar de la ciudad, y extraño y salvaje era mi pensamiento, y mis manos apretadas vagaron, como si una arma buscaran.

El bullicio y el clamoreo estaban detrás de ellos, y el gentío ojeroso que arrastraba sus pies, vagando a la deriva, enredó la calle por mucho tiempo, mas oímos desde lejos los gritos y el ruido rítmico, y mi sueño fue convertido en un cuadro de los hechos de otro día. Fui llevado lejos, lejos durante los años del porvenir, y otra vez había la marcha ordenada, otra vez había el trueno del tambor y los puntos de acero que reñían, y los caballos que se encabritaban bajo las espadas centelleantes de los capitanes--entonces el silencio después del grito-- el sol y el viento en la calle, las conocidas cosas aclaradas mas extrañadas por la espera pasmada para los hechos que se acercan. Pues el pesar había llegado a ser la voluntad, y la furia se había desenvainado, y resuelta estaba en las calles de Londres la cosecha de los dientes del dragón. Entonces, ¿dónde en mi sueño estaban los pobres, y la pared de las caras pesarosas? Aquí, y aquí por mi lado, hombro con hombro del hombre,

la esperanza en la gente simple, la esperanza en los corazones de los sabios,  
de la vida feliz que sigue, o de la muerte y del fin de las mentiras;  
la esperanza es despierta en las caras que ya no se ven sin ira,  
hasta que la nueva paz amanezca en el mundo, la fruta de la guerra de la gente.

La guerra en el mundo extranjero, mil ligas lejos,  
mientras que va alrededor la rueda de la costumbre y el día devora el día.  
¡La paz en la patria!--¿qué paz, mientras el molino del rico es el conflicto,  
mientras los pobres son el grano que él muele, y la vida devora la vida?

#### IV. «Madre e Hijo»

Ahora duerme la tierra de las casas, y la noche muerta sostiene la calle,  
y allí te quedas, mi bebé, y suave y dulcemente duermes;  
mi hombre está ausente por un rato, pero nos tendimos seguros y solos,  
y nadie oye tu respiración excepto tu madre y la luna, que del cielo mira  
el destrozo fatigado de la ciudad, así como miró el camino bordeado por la hierba,  
todavía calentado al sol de ayer, cuando dejé atrás mi vieja morada,  
tomada de la mano con mi amor, aquella noche más memorable en el año;  
cuando el río del amor se derramó y ahogó toda la duda y todo el miedo,  
y nosotros dos estuvimos solos en el mundo, y una vez, si nunca más,  
supimos del secreto de la tierra y del cuento de su trabajo y de su dolor.

¡Que miren como te alzo en el medio de Londres, que miren cuan pequeño, ligero  
y sin esperanza, sin miedo eres, tú, el miedo y la esperanza de mi corazón!  
¡Que miren aquí tu cuerpo que principia, mi hijo, y tu alma y tu vida!  
¿Pero cómo será si vives, si participas en la disensión,  
y en amor residimos juntos cuando ha crecido el hombre en ti,  
cuando tu meliflua voz escucharé, y sin embargo entre nosotros  
se levantará esa pared de la distancia, que crece alrededor de cada uno,  
y deja duro y amargo el intento de entender los pensamientos de otros?

Pues ahora, mientras pequeño eres y no posees ninguna idea tuya,  
te diré una palabra del mundo, de la esperanza de lo cual has crecido,  
del amor que una vez te parió, del dolor que ha moldeado  
tu corazoncito hambriento, y las manos puestas sobre mi pecho.  
Entonces que recuerdes de aquí en adelante, como pasa cuando la gente diga  
que todo esto ha sucedido antes en la vida de otro día;  
que recuerdes vagamente este cuento de la voz de tu madre,  
como, en la calma del alba, he oído a menudo el regocijo de los pájaros,  
como a menudo he oído el viento de la tormenta gimiendo a través del bosque,  
y sabía que la tierra hablaba, y la voz de la madre era buena.

Ahora ya, sólo a ti diré que el cuerpo de tu madre es bello  
en el traje de las doncellas del campo que juegan con el sol y con el aire,  
que han estado de pie en la fila de los segadores por la tarde de agosto,  
que se han sentado junto al agua congelada en el mediodía de la luna,  
cuando las luces de la comilona de Navidad estuvieron muertas en la casa sobre la colina,  
y los gansos salvajes, idos al pantano de sal, habían dejado tranquilo el invierno.  
Sí, soy bella, mi primogenitito; ¡si me pudieras recordar!  
Los cabellos que tu manito agarra son una vista agradable al ojo;  
soy fiel, mas mi cara es una trampa; suaves y profundos son estos ojos  
y, para que los hombres se engañen, parecen ser llenados de los sueños de los sabios.  
Bondadosos son mis labios, y aparecen como si mi alma haya aprendido  
cosas profundas de las que nunca he oído hablar. Mi cara y mis manos son quemadas  
por el sol encantador de los acres; de veras, tres meses de la ciudad de Londres

y los dolores del parto las han blanqueado--“pero mire donde el borde del vestido”  
(así dijo, un día, tu padre) “divide la muñeca, que es tan blanca como la cuajada,  
tan brillante como el ala de un pájaro, del marrón de las manos que amo.”

Así es tu madre, mi primogenitito, pero soy fuerte como las doncellas de antaño,  
cuyas lanzas y cuyas espadas fueron los guardianes de la granja, del campo y del rebaño.  
Mis pies frecuentemente estaban sobre la carretera; a menudo cansaban la hierba;  
tres veces por semana pasaba yo, de atardecer hasta atardecer del verano,  
hacia las llanuras desde la casa junto al río, a través de las olas del maíz floreciente.  
Entonces, a la caída de la tarde me acostaba bella, y fresca me despertaba por la mañana,  
y apenas estaba cansada al mediodía. ¡Ay, mi hijo, en los días de tu lucha,  
que tu alma pueda guardar un sueño de mi vida en flor!  
Sería como praderas iluminadas por el sol, vistas desde un mar agitado,  
y así tu alma habría mirado una visión de la paz que va a ser.

¡Así y todo, hay lágrimas sobre mi mejilla! ¿Cuál es esto que dirige  
mi corazón al tuyo, querido, salvo la inundación del amor ardiente?  
Pues bello y feroz es tu padre, y suaves y extraños son sus ojos  
que miran los días que vendrán con la esperanza de los valientes y de los sabios.  
Muchos días reíamos mientras caminábamos sobre las praderas,  
y muchos días yo le escuchaba y se moldearon las imágenes cuando habló;  
muchos días deseábamos, y nos rezagamos tarde en la víspera  
antes que el habla fue partido del habla, y mi mano podría salir de la suya.  
Entonces lloraba cuando estaba sola, y anhelaba hasta que vino la luz del día;  
Y me escabullía por la escalera, y hallé allí nuestra ama de llaves  
(ninguna madre de mí, la expósita) encendiendo temprano el fuego  
antes que los henificadores anduvieran a las praderas a lo largo de los árboles de lima.  
Vi todas las cosas de un vistazo; dieron saltos las lenguas de fuego aceleratrices  
por el chisporroteante montón de ramitas, y el humo dulce se arrastró  
hacia arriba, y cerca del mismo hogar el sol bajo inundó el piso,  
y, cerca de la puerta abierta, el gato y sus gatitos jugaron en la luz del sol.  
Por la mañana era bello el jardín, y allí en el camino él estuvo,  
más allá de las margaritas carmesíes y del abrotano.  
Entonces anduvimos juntos a través del lugar de las paredes grises  
y ay, ¡salió el miedo, y qué paz, qué contento dulce!

Hijo, él me enseñó el dolor y la sabiduría, y me afligió mucho y aprendí  
mientras nosotros dos llegamos a ser uno, y ardía el corazón dentro de mí  
con las mismas esperanzas del suyo. Ay, hijo, es lastimoso,  
pero nunca jamás en mi vida me atreveré a hablarte así;  
por eso, que estas palabras solas se arrastren, que se asgan a ti,  
estas palabras de la noche sola entre los días de nuestro camino.  
Esta noche en la ciudad, el desierto de la locura y del mal,  
nacen muchos niños de mujeres, y ¿de qué y de dónde se crecen?  
Tantos, tantos son los que por costumbre y por uso nacen  
y un marido se lleva a la cama así como uno lleva un sombrero o una cinta.  
La prudencia engendra a sus millares: “buena es la vida de un ama de casa;  
así que vendré mi cuerpo para que pueda ser matrona y esposa.”  
“Y aguantaré el matrimonio asqueroso y daré a luz a los niños de la necesidad.”  
Algunos son nacidos del odio--muchos son los niños de la avaricia.  
“Yo, yo también puedo estar casada, aunque tú eres él que tiene mi amor.”  
“Soy bella y dura de corazón, y la riqueza será mi porción.”  
Y todos éstos son los buenos y los felices, sobre los cuales favorablemente amanece el mundo.  
Ay hijo, ¿cuándo aprenderás de los que nazcan de la desesperación,  
como el lodo legendario del Nilo que se resucita bajo el sol  
con el aumento de seres que gatean, medio muertos en su mismo nacimiento?

Así y de tal manera es el cuidado de la Naturaleza que el hombre nunca muera, aunque ella cría los tontos de la tierra, hasta los posos del orzuelo de la ciudad. Pero tú, ¡ay hijo, mi hijo! Del puro amor tú naciste, cuando nuestra esperanza realizada crió la esperanza, y el miedo fue una tontería trillada; en la víspera del trabajo y de la batalla, todo el dolor y toda la pena pesamos, esperamos y no nos avergoncemos; supimos y no fuimos atemorizados.

Ahora crece la noche y la luna--ay, hijo, es lastimoso que nunca jamás en mi vida me atreveré a hablarte así. Pero cierto de los sabios y de los sencillos nacerán los poderosos, y será bello mi destino, querido, si yo esté a estar todavía sobre la tierra cuando el mundo por fin se despierta, y cuando de boca a boca hablan de tu amor y de tus proezas y de tu valor, y de la esperanza que nada puede matar.

#### V. «El Nuevo Nacimiento»

Hace veinticinco años que me tiendo en el regazo de mi madre, recién nacido a la vida, ignorante de todo lo que sucedería: en aquel día fui ganado de la nada por el mundo de lucha y dolor, hace veinticinco años--y esta noche vuelvo a nacer.

Miro y contemplo los días de los años ya pasados, y el alma es llena de su riqueza, ya que a menudo fueron tan alegres y felices como las horas del pájaro y de la bestia: me han hecho sereno y fuerte para que pueda vadear el arroyo de la confusión, el río de la pena y del malo.

Mi padre era un rico, mas se escabulló antes que nació, y le dio dinero a mi madre, mas le dejó una vida de desprecio. Moramos solos en nuestra aldea; no supe de la «vergüenza» de mi madre, mas su amor y su sabiduría conocí hasta que vino su muerte y la despedida. Después un abogado me pagó dinero, y fui interno por un tiempo a un colegio, donde aprendí las tradiciones de los antiguos, y cómo el bribón y el tonto han sido los dones del mundo: mas la tierra me parecía bella y buena con la riqueza del campo y de la granja, del jardín, del río y del bosque y, alegre en medio de ella, sabía muy poco del malo mientras hacía en deportes y pasatiempos tales hechos que un muchacho hará que cree que va a vivir por siempre. Por fin un día pasó que me encontré con nuestro francés al borde del heno recién segado; pescaba según su costumbre, solo, como siempre estaba; pues lo ayudé al viejo moreno a alzar una carpa a la hierba, y de una manera u otra supo de mi nacimiento y llegamos a ser amigos, hasta que me empezó a contarme poemas del cuento que nunca concluye; la batalla de la pena y de la esperanza contra la riqueza, la tontería y el malo. Me contó como los débiles conspiran, me contó del miedo de los fuertes; me contó de los sueños llegados a ser hechos, hechos antes de que haya llegado el momento, de la esperanza que dispersó en el aire como el humo de su pipa de noche; de la lucha que duró después de toda esperanza, entre los dientes de la desesperación, de la batalla, de la cárcel, y de la muerte, de la vida totalmente desnudada. Pero a mí todo me parecía feliz, ya que yo doraba todo con el oro de la juventud que ni cree en la muerte, ni sabe de la esperanza enfriada. Escuché y aprendí y anhelé con un deseo que no poseía ningún nombre, hasta que me dirigí hacia nuestra aldea, y otra vez vino la despedida.

En aquel momento me pareció más ancho el mundo, y vi clara y lúgubrementemente las cosas que hacía poco tiempo me habían sonreído desde la dudosa calina pálida de los sueños. Supe que eran pobres los pobres, y que ni corazón ni esperanza tenían,

y supe que yo no era nadie para contender con el menor de los malos, pues pensaba en los pensados de un hombre, y me caí en un humor amargo dentro de lo que no existía nada bueno en la tierra, excepto como una imagen, hasta que me encontré con la mujer que amo y, así como la gente pregunta de los sabios, buscó saber la raíz y la acepción de las cosas que había visto en el mundo de mentiras. Le dije todo lo que sabía, y el cuento ya contado me alzó el peso que me había hecho menos hombre; y fue ella que me puso mis pies sobre el camino.

Pues dejamos atrás nuestro placer para buscar la esperanza y la vida, y a Londres venimos, si por casualidad allí ardían las ascuas de la disensión tales cuales me habían descrito nuestro francés; a él escribí para pedirle que fuera nuestro maestro, y que nos asignara la tarea a los aprendices. Pero “difunto” fue la palabra sobre la carta cuando me regresó, y todo lo que vimos de entonces en adelante teníamos que ver con los propios ojos.

Entonces miramos y nos maravillamos y nos enfermamos; no por nosotros, es verdad: mi padre ya había muerto, mas me legó bastante, y apenas había aprendido, en nuestra aldea, la habilidad del carpintero, y trabajaba así como otros trabajan, y ganaba dinero y sabiduría, pero poco hallaba de día en día en la calle o en el taller para nutrir la planta de la esperanza que se había puesto profundo en el corazón. La vida de los pobres aprendimos, y no me parecía nada nuevo en su día de hechos pequeños que siempre los tiraba hacia la muerte. Mas sí fue nuevo el horror de Londres que procedía todo el tiempo que los ricos jugaban en su ocio para que el nombre y la fama aliviara los días de sus vidas vacías, y que alababa los hechos que ellos hacían, como si hubieran moldeado la tierra, y descubierto el sol escondido por mucho tiempo-- aunque ciertos de ellos se preocupaban de día en desesperado día con las vidas de los esclavos de los ricos, y con el infierno en lo que se tendían. Me parecía que trabajaban así como ellos que han trocado con el infierno para que se enfríe un poco, con el propósito de vivir allí por siempre.

Así procedía el mundo según sus modales, y fuimos cansados de esperar. Los hombres comían y tomaban y se casaban; ningún grito salvaje golpeó el aire, ninguna gran muchedumbre corrió para saludar el día funesto; y más y más la ciudad una tumba monstruosa nos parecía a nosotros, los Peregrinos de la Esperanza, hasta que vino esta noche, y Esperanza sobre las piedras de la calle está escrita en letras de fuego.

Así pasó: un compañero de trabajo mío había oído un habla amarga en mi boca, y me aclamó al oírla, y me dijo: “Ven mañana a desahogarte con nosotros en el gremio radical, pues allí, si no oigamos ningunas noticias, por lo menos veremos una cara nueva; él es uno de los tipos comunistas, y me imagino que estarán de acuerdo Uds. dos.” Luego fuimos, y la calle fue tan aburrida y común que cualquiera que verás; aburrido y sucio fue el cuarto. Justo encima del sillón del presidente había un busto, la cara de un cuáquero con la nariz levantada en el aire; habían estampas ordinarias de los directores del partido sobre la pared, y Mazzini, moreno y flaco, entre ellos extraviado. Unos treinta hombres fuimos, de la clase que yo conocí muy bien, decaídos y lijados hasta que se exhibió el carácter indolente de nuestro infierno. Se me cayó el alma al entrar, y con cansancio me sentaba mientras el presidente se esforzó por concluir sus varias divagaciones. Parecía medio tímido y, de veras, medio avergonzado del hombre entrecano a su lado cuando nos pronunciaba su nombre. Éste se puso de pie, achaparrado y corto, y vestido de azul raído,

y cuando comenzó pareció como si yo ya supiera  
lo que intentaba decir, aunque no lo hubiera oído antes.  
Habló, fuera bien o mal, como si llevara un mensaje,  
una palabra que no podía ocultar de muchos millones de hombres.  
No parecían nada la sala sórdida y los pocos que entonces escuchaban  
sino el salón de la tierra atareada y el mundo del futuro.  
A muchos fue amargo el mensaje, mas de veras fue dulce a mí,  
el mensaje del hombre sin amo y de la tierra sin cualquiera disensión  
y de cada alma regocijando en lo dulce y en lo amargo de la vida:  
él hablaba de la paz y de la buena voluntad y supe que hablaba en verdad,  
y sus palabras fueron las mismas ideas mías, y vi despertarse la batalla,  
y lo presté la atención del inicio hasta el fin, y el triunfo creció en el corazón  
mientras le animó a cada uno que lo escuchaba que se levantara y que jugara su propio papel  
en el cuento del nuevamente dicho evangelio, para que no vivieran y murieran como esclavos.

Concluyó, y creía que los oyentes se levantaría con un grito unido,  
y que lo pedirían que los inscriba; pero ellos, es verdad, aplaudieron,  
ya que él se había puesto muy ardiente, y los había obligado que le hiciera caso:  
mas, sentados, no indicaron nada, y dos hombres de lengua suelta  
se levantaron para criticar y abuchear a sus palabras para cegarlos a los otros.  
No escuché a esos tipos, pero sí escuché la voz del orador  
cuando se levantó para dar contestación a los que había abucheadado,  
tratando de clarificar lo que ya fue claro; pues yo opiné que no muy bien respondió  
a los gestos de desprecio y al silencio, así que se enfadó y se puso ansioso.  
Pero a mi esperanza muy bien respondió, y cuando les animaron  
a los hombres otra vez que se unieran para no vivir y morir en vano,  
me levanté antes del fin del mitin, por miedo de que se me escapara,  
y le dije mi nombre y mi fe--y fui yo el único.  
Sonrió al oír los abucheos, había un apretón de manos,  
me habló como amigo conocido por mucho tiempo--y así me alisté en la panda.

Y ahora parecen los caminos alegres y los altos astros brillantemente relucen  
y, por mi parte, entre ellos canto, pues el corazón es lleno y ligero.  
Veo los hechos del futuro y el día que va a llegar en la tierra,  
y la riqueza desaparecida y el dolor convertido en alegría;  
veo que se han ido la escualidez y el estupor del campo,  
y de todo esto somos una parte--nosotros dos ya no somos solos  
en los días del placer del futuro, en los días de lucha--  
nacé una vez hace mucho tiempo: esta noche vuelvo a nacer.  
VI. «El Nuevo Proletario»

¿Cuán cerca a la meta ahora estamos, y qué viviremos a ver?  
¿Vendrá un día de la sorpresa a los más esperanzados y a los audaces?  
¿Se levantará el sol un día, y verá a los hombres poniéndose a trabajar,  
mientras sonríen y disfrutan de la vida sin miedo de lo malo que se esconde  
en cada casa en su camino, en el mismo suelo que pisan?  
¿Verá el sol que son asesinados el hambre y el miedo de que mueran los niños?  
¿Echará un vistazo a los hombres librados del peso de la preocupación,  
y a la tierra que se parece a él, tan espléndida, pura y bella? O, si no,  
¿se quedará el sol atrás y holgazaneará hasta que la esperanza pospuesta  
haya estropeado todo la flor de la vida del hombre--sí, el día para que hemos trabajado?  
Hasta que los corazones sean convertidos en piedras por los dolores que hemos soportado,  
hasta que nuestra bondad cariñosa sea abrasada por el amor arrancado de nuestra angustia,  
hasta que nuestra esperanza llegue a ser un fuego iracundo, hasta que la luz  
del segundo nacimiento sea una llama para consumir la maleza de la magra tierra agotada.

¿Qué es esto? ¡Me parece que, hace muy poco tiempo, la fruslería más pequeña de un destello de esperanza me hizo brillar el corazón! Me bastó la esperanza del día, mas he aquí el mismo día que fatiga mi esperanza con anhelo. ¿Qué ha cambiado o pasado? O sea, ¿qué es lo que me toca la fibra sensible?--¿no sería más que el miedo del cobarde? En este cuartito donde me siento hay todo lo que más estimo-- mi amor, y el amor que hemos creado, mi esposa y mi muchachito. Pero las cuatro paredes nos miran con otros ojos que los que tuvieron, ya que de veras algo ha pasado. La semana pasada, dedicado a mi arte, trabajaba para que el corazón no me declarara culpable por zafarme de la labor de madrugada; mas hoy trabajo por nosotros tres, para que él y ella y yo no tengamos que manchar de barro en la calle hasta que llegamos al taller o morimos.

No hay mucho que contar en el cuento, pues así como ya te decía antes, un abogado me pagó el dinero que vino del surtido de mi padre. Bueno--ahora el abogado está muerto y, al parecer, mediante un curioso enredo del robo se ganó la vida, y ya no me queda el dinero. Pues yo, que he trabajado por placer, ahora trabajo por pura necesidad: ahora en efecto en "el ejército noble del trabajo" soy soldado.

"Eres joven; perteneces a la clase que amas," dice el gesto de desprecio del rico; "sigue trabajando y sé agradecido." Todo esto escucho a oír, mas no hago mucho caso a las carcajadas. Tengan paciencia un ratito; les diré lo que tengo en el corazón, y no esconderé engañosamente un ápice. Cuando trabajaba más o menos por placer, de veras trabajaba por voluntad y lo hecho fue bien y a conciencia hecho, y mis semejantes reconocían mi maña, juzgándome uno de ellos aunque me llamaban señor Ricardo, así que sabían que tenía algo de dinero. Pero ahora que tengo que atenerme al trabajo o caer en ruinas, he descubierto que algo es ausente; procede la faena, el deber es realizado, mas hay algo que se ha dejado para atrás; al tomar mi cincel tomo el miedo, y el miedo yace entre yo y mi cepillo, y me despierto por la alegre mañana a hallar un nuevo dolor inacostumbrado. Así es el miedo: voy a conseguir que se olvide, y muchas cosas además, hasta que gane el pobre corazón oscurecido que la chaqueta del artesano esconde. Si no existiera la Esperanza de las Esperanzas, sabría cómo terminaría mi viaje, y querría que nunca hubiera nacido para pisar la vía del cansancio.

Hacia adelante ya. Ciertamente, Uds. creen que no hemos vivido ninguna vida opulenta; mi esposa es mi sirviente, y soy el sirviente de mi esposa, y ni ella ni yo producimos más trabajo que ya tenemos. Fuimos verdaderos campesinos, y anhelaba mucho la hierba y la respiración del aire fragante que la había hecho hermosa y fuerte; por eso vinimos aquí a las cuestas norteñas de la ciudad para vivir con una dama del campo que puede hablar de las maneras de la gente campesina. La casa, con su maderaje desgastado y su entrepaño que acogía las ratas, con sus traqueteantes ventanas sueltas y sus superficies accidentadas, no era una de las más nuevas; pero por lo menos esto fue, una sola chocita dejada en la ciudad. Allí uno podía sentarse en nuestro salón los domingos por la tarde y mirar por las hojas de parra el sol, y empezar a soñar que pronto vería la yunta gris pasar con sus cernejas mojadas con el agua del arroyo, o el brillante cargo montañoso: allí la luna estival miraba por las hojas el cuarto sin lámpara donde nos sentábamos nosotros dos con todo Londres desaparecido, y la madrugada de la lluvia estival nos llevaría por el aire el olor del heno, o las primeras hojas amarillas ante nosotros se caían y nos contaban de los acres de gavillas.

Ese abogado ha comido todo esto, y mañana debemos mudarnos a un cuarto cerca del taller de mi maestro, en las cercanías de Soho. ¡No hay palabras para describir su lastimosa mezquindad! Mas ése es nuestra celda en la cárcel de Londres agotado; dentro de él tiene que morar la esperanza del mundo del futuro, que alzó una chispa trémula mientras la última llama fina de nuestro placer se hundió, temblando en oscuridad.

De nuevo se mofa el rico: “El hombre es un cobarde, o peor-- lamenta su débil placer; se acobarda ante la maldición que muchos otros toleran con serenas caras sonrientes.” No, ¡el hombre es hombre, con su permiso! O póngase en su lugar para ver si el cuento se lee mejor. Destruído es el refugio del descanso, y nada más se queda de la vida una vez tan disfrutada que permiso para vivir y trabajar y el rayo de la esperanza pospuesta. Ahora conozco yo el lamento de los pobres ya no como una historia contada, sino como un aullido (sin palabras) forzado del corazón agotado. Ahora, cuando se levante mi esperanza, seguramente sabré mi papel.

Hay un poco más que contar. Cuando esas últimas palabras fueron dichas, por lo menos trabajaba todavía, y ganando mi pan cotidiano. Pero ahora todo eso se ha cambiado, y me parece que por la escalera que va al abismo más profundo el hombre, la esposa y el niño deben bajar.

Cuando me uní con la gente comunista, hacía todo lo que podía para aprender los fundamentos de su fe. Día tras día leía todos los libros que podía entender, y escuchaba por todas partes el habla que se circulaba entre ellos, y abrasé duda tras duda hasta que por fin aconteció que yo tuviera que hablar a otras personas (es cierto, me urgieron a hacerlo mientras era totalmente desprevenido.) Pues comencé el asunto, y en las esquinas de las calles hablé a nudos de hombres. Es cierto que eso me afligía hasta el corazón, y me parecía tan desesperado hacerlo; algunos estaban de pie como hombres hechos de madera; algunos otros, aunque dispuestos a escuchar, sólo entendían pocas palabras, y otros abucheaban y se mofaban. Sin embargo, habían otros que estaban ardientes y que querían escucharme, así como hace la llama entre el lino seco la idea rápida temblaba entre ellos, y eso fue ciertamente una comilona. Pues por las calles andaba, y aumentó la faena entre manos; la verdad sea dicha entre lo liso y lo áspero, digo que era trabajo, y que la esperanza lo acompañaba, y que me gustaba bastante. Ni ocultaba nada de todo lo que hacía, pero cada día en nuestro taller charlaba de esto, lo otro, y lo de mas allá. Entonces se esfumó mi dinero, y como un necio les informé a uno o dos sobre mi pérdida. ¿Fue eso que hizo audaz al amo? Antes fui uno de los suyos, y con todas mis excentricidades podía hacer lo que me gustaba. Bueno, me llamó al poco rato, y en palabras expresó lo que había imaginado como la mofa del rico: “Bueno, señor, se ha cumplido tu deseo, por lo que puedo oír, y ahora no eres ningún ladrón de trabajo, sino un trabajador honesto: que esto te sirva de escarmiento: quédate acá mientras puedas con los obreros que te gustan tanto: ya estás bastante bien acomodado. Una admonición más: yo opinaba que te pasaste de la raya, y ahora estoy bien seguro; pues, pon fin de inmediato a tu chisme de aquí en adelante, o te marcharás afuera de mi taller. Hay muchos que puedo emplear que son tan competentes como tú. La verdad es que no encontrarás otro empleo si no te muerdas la lengua; buen día; atente a tu trabajo.”

Se levantó la sangre caliente hasta los ojos; estuvo al acecho la idea de terminarlo a él junto como el trabajo: mas en ese momento sabía lo que yo era, y fuera de la oficinita me fui en furia incapaz y regresé a mi trabajo, un esclavo, por mi niño y por mi dulce. ¿Buscaban la marca en la frente mientras anduve por las calles esa noche? ¿Y cómo terminó el episodio al fin y al cabo? ¡Vaya! Uno de mis semejantes escuchó mi discurso en la calle la próxima noche, y pasó alguna palabra amarga, y esa semana vino una palabra con mi dinero: “No deberás regresar.” Y la vergüenza de mi silencio de cuatro días había sido nada más que pena inútil.

Veo bien los días ante mí: esta vez ni moriremos ni iremos inmediatamente al taller: algún día encontraré empleo; al principio temerosamente trabajaré, y al fin dejaré de temer, y currelaré de día en día, ya que parece que estimo la vida.

¡Es la porción de muchos millones! Pero si una mitad de esos millones supieran la esperanza que mi corazón ha aprendido, encontraríamos un hecho que hacer, y ¿quién, y qué podría resistir a todos nosotros? Y yo, quizás yo viviré a conocer el amor de mis camaradas y los regalos que la tierra puede dar.

## VII. «En la Cárcel--y en Casa»

Esta es la primera de las noches, y no puedo dormir: anhelo mucho el amanecer, aunque cuando esté muerta la noche apenas estará vivo el día. ¡Quedan dos veces veintiocho noches más, dos veces veintiocho días largos hasta que se acabe el mal sueño! Y él, ¿cuenta él las horas mientras se tiende en su celda? ¿Mantiene vivo y alimenta su dolor? No--bien conozco su fuerte corazón; velozmente se irá su alma; está aquí y desde aquí me lleva, hasta que nos marchemos, tomados de la mano, hacia la esperanza del día anterior. Si, aquí o allí la ve: en la calle, en la celda, ve la visión que me hizo contemplar en medio de los troncos de los árboles en flor, cuando la primavera ligeramente adornaba la tierra, y por primera vez y por fin supe cuan dulce era su mano que se me agarraba, cuan bellos eran los hechos que haría.

No--¿cómo débilmente llorarás, abrigando un placer dentro de la congoja, cuando los días y su faena están ante ti, y por algún tiempo debes trabajar doblemente duro? Ay cara, ¡perderás aún más tu belleza, sin duda serás más delgada, tan blanca como la cera, gastada antes que él se vaya de la cárcel! O mano, ¡cuan pálida serás! ¡Cuan habrá cambiado desde que era la mano bronceada que él besaba mientras tocabas el rastrillo al mediodía de la tierra estival!

Que yo piense que no es nada más que una nadería: así me han dicho los vecinos; “¡Dos meses! Vaya, eso no es nada; rápidamente pasará el tiempo.” No es nada--O cama vacía, ¡entonces que yo trabaje por él! Copiaré el manuscrito que juzgaba apropiado para el noticiero, si mis ojos puedan columbrar las letras; es una imagen de nuestra vida y de los hechos humildes de nuestros días, antes de que conociéramos la prisión y la lucha.

Sí, vecino, sí estoy despierta tempranito--y me acosté muy tarde anoche; en blanco pasé las horas y me las arreglé para escribir un poquito. Eres amable por haber venido, y no me dará pena ninguna decirte la razón para que él esté en la cárcel, y cómo aconteció la desgracia, ya que sé que estás de acuerdo con nosotros, y quizá con nosotros te unirás pronto. Fue así: andamos a un mitin el sábado por la tarde

en un nuevo lugar allá en el oeste, en un barrio bastante desdichado donde las casas de los ricos se codean con raídas calles alborotadoras que son peores de lo que parecen. (¡Pobrecito--tú sabes demasiado bien como pasan los días y las noches dentro de aquel infierno enladrillado!) Pues allí estuvimos de pie en un espacio yermo, entre los ricos y los pobres; y Jacobo fue el primero a hablar; fue él con quien te encontraste en la entrada la semana pasada. En el principio fue todo callado y la mayoría estuvo de pie como si fuera sordo como una tapia, como si no pensarán ni en lo bueno ni en lo malo, ni en la verdad de que eran pobres, demacrados, sucios y torpes. Ciertos otros eran tan ricos, en efecto, que fueron ahítos de licor, y se levantó en sus almas la furia torpe mientras las palabras fogosas revolotearon cerca de las orejas, porque creían que habían sido insultados y juzgados por hombres que eran más que sus pares. Pero ciertos otros parecían creer que todo esto fue el prelude del sermoneo de la salvación del alma, y del infierno, y de la felicidad eterna; mientras otros (¡ay, los corazones de los esclavos!), aunque sí pudieran entender, al oír que sus amos y sus alimentadores eran llamados ladrones de la riqueza y de la tierra, se enfadaron tanto como si ellos mismos se hubieran maldecidos. Y otros escuchaban allí de pie, sopesándolo todo, almacenando las palabras de la esperanza.

¡Ay! El corazón se había vuelto pesado al mirar con fijeza al gentío terrible. ¡Miren como éstos, que habrían sido los alegres y los hábiles y los fuertes, como eran torpes y maltratados y rebajados, así como es la mugre del camino! Y ¿quién debía despertar sus almas, quién les debía quitar el peso que llevaban los corazones?

La muchedumbre seguía creciendo, y seguía creciendo con ella el escarnio, y en aquel momento supe que fue el momento para una pelea peligrosa cuando vi que se mezclaban entre los obreros ciertos bien vestidos hombres de la escoria de los adinerados, brutos desprovistos de piedad y de vergüenza; el ladrón es un santo a su lado. Estos tipos levantaron un ruido burlón ante lo que nuestro portavoz se acobardó, y el bullicio ahogó su voz. Entonces Ricardo lo quitó, levantándose en su lugar, e irradió su cara hermosa encima de los trapos y de la escualidez, y su voz dulce se oyó por el tumulto, y creo que el gentío se habría callado y habría escuchado sus palabras varoniles; mas un reptil bien vestido se entró en empujones hacia el medio de nuestro ruedo, chillando palabras de infamia que ofendieron el alma de cada oyente. Fijó su mirada en mis ojos furiosos, escuchando mi voz que gritaba contra él, y hizo frente directamente a mí; una palabrota me golpeó el corazón y su bastón me hizo escocer los hombros. Pero así como se cala el cernícalo, de la misma manera saltó Ricardo de su taburete y con el fuerte puño derecho le dio un golpetazo al necio. Entonces todo se mezcló y, arrancada de su lado, fui yo llevada y apurada acá y acullá por el gentío frenético pero al fin encontré los pies, así que el gentío se había empezado a disipar, y buscaba a Ricardo para que nos pudiéramos escabullir de allí cuando se apareció entre nosotros los policías, que lo llevaron a Ricardo entre un par de abrigos azules--¡como si él fuera el maleante y el perturbador!

Un poco más largo es el cuento, amigo; apenas lo he visto desde entonces; a pesar de todos mis esfuerzos, no le pude conseguir fianza, y esta mañana estuvo de pie en el banquillo de los acusados. Por todo lo que eso vale, lo habrían podido arrastrar inmediatamente a la cárcel que es su destino. Los policías habían capturado a su hombre y allí intentaban guardarlo, y con gusto jurarían por la veracidad de cualquier cuento que fuera necesario.

¡Bueno! Parecía que el necio cano sobre el estrado estaba ocupado aquel día, pues con las palabras “dos meses” frívolamente se deshizo de la causa, pero sermoneó a mi hombre antes de que se fuera--es cierto, no a causa del motín

por lo que fue enviado a la cárcel, sino a causa de su credo peligroso.  
“¿Por qué tienes tú que predicar esta porquería tan arriesgada?  
El cuidado de ti mismo deberá ocuparte bastante.  
Si te hace falta pontificar o sermonear, alquílate una capilla o una sala;  
aunque, de veras, si sigas mi consejo, no predicarás nada de nada,  
sino te atenderás a tu trabajo. Pareces listo; ¿quién sabe? Quizás ascenderás  
y, si condesciendas a ser sabio, serás un constructorcito.  
Pues, no obstante tu sedición ridícula, libre es el país que habitamos,  
y hace accesible una senda hacia el mérito para ti así como para mí.”  
Ay, amigo--¿estoy tan mareada con la pena solitaria de esta noche  
que barboto de este barboteo? Ay de mí, cuan pequeño y ligero es este  
comienzo de desgracia comparado con todo lo que nos queda por soportar--  
en el peor de los casos, parece nada más que el chaparrón que achata una sola yarda de maíz  
antes que la granizada venga y allane el campo entero.

Ay ¡Cuanto añoro, amor, una palabra de esperanza sobre el segundo nacimiento!  
¡Que él pueda aclararme la visión, para que vea la espada gateando de su vaina  
poco a poco, mientras nos retorremos en las redes de esta muerte en vida!  
¡Que él pueda fortalecerme el corazón para que sepa que no podemos fallar;  
ya que, ay, estoy sola aquí--estoy indefensa, débil, y frágil!  
Estoy como los pobres de la tierra, como los que ahora están vivos;  
y ¿dónde están sus fuerzas y sus astucias que los hacen capaces de luchar  
contra los poderosos? Aunque los que vienen atrás sean demasiado fuertes para ganar  
el día y la corona, siempre deberemos descender de la oscuridad a la oscuridad  
sin proezas, y gritando todavía, “mañana, mañana, mañana habrá todavía  
el amanecer del sol renacido encima de la tierra y el mar alegres”--  
y no estaremos allí para saludarlo--porque anhelamos su vida hoy.  
Y ¿dónde está el fin del agotamiento, y adónde recurriremos si no a la paciencia,  
siempre a la paciencia, y aún más a la perseverancia? Sin embargo, todavía estamos desolados  
y no tenemos contestación, como tantas veces antes. Esperamos a oír, por los cuentos  
de los padres antiguos, por los sueños que se mofan de nuestra injusticia,  
ese grito levantado al cielo desnudo, “¿Hasta cuando, o Señor, hasta cuando?”

#### VIII. «La Mitad de la Vida ya Vivida»

Los días han matado los días, y las estaciones han pasado y me han devuelto  
el verano, y aquí sobre la hierba quedo tendido como antes, cuando quedaba tendido,  
cuando estaba alegre, antes de que me entrometí en el bien y el mal.  
Ampliamente se extiende el prado como de antaño, y el río fluye junto  
a la ribera planteada con olmos que encorva su corriente atestada de maleza,  
y encima de su orilla inferior destellan los temblorosos juncos grises.  
Hay trabajo en el prado como de antaño; son impacientes por recoger el heno,  
mientras que cada sol se pone brillantemente y engendra un día más bello.  
Las horcas blancas brillan en la luz del sol alrededor del amarillo carro de las ruedas rojas,  
donde la montaña del heno crece rápidamente; y ahora del carril viene la yunta  
de los bueyes que tiran de otra; viene el baile y la cerveza, y con «pum-bum pum-bum»  
trota el rocín del granjero sobre el puente estrecho del vertedero.  
Ligeras son las nubes en las alturas, y aunque revolotean las golondrinas tan encima  
de la tierra iluminada por el sol, sin duda constituyen una parte de ella, así como las alas  
de la garza vagabunda, aunque mucho más altas que las golondrinas, son una parte de todo.  
Tiemblan, encima de la garza, las profundidades inmensurables del lindo cielo y arden;  
El sol querido inunda la tierra mientras la mañana se vuelve mediodía  
y en lo mejor del fin de junio un vientito es despierto.

Son todos intentos de recoger el heno y la vida y el cuadro que retratan,  
si yo fuera como fui una vez, pensaría que fuera retratado todo eso por mí;

porque aquí, si uno no necesita trabajar, está un lugar para el descanso feliz, mientras sus meditaciones vagan por el mundo--por el norte, el sur, el este, el oeste.

Allá están los hombres y las doncellas, y las esposas y los canos capataces de los campos que conozco tan bien, y solo un poco han cambiado desde que era un muchacho entre ellos. ¡Mas cuan grande es el cambio! Ahora me son ajenos; sí, a mí ajeno soy.

Su charla y su risa que mezclan con la música de las praderas ahora no me significan nada; ni me ayudan ni me obstaculizan; tan lejos de ellos he vagabundead. Sin embargo, entre ellos anda una parte de mí, una parte de mi muchacho, una parte del placer y del dolor que conoce; no sentirse contento parece extraño. ¡Fíjense a la mujer que se rebaja y que besa la cara del muchacho, y pone un rastrillo en su mano y se ríe en su cara que se ríe! ¿De quién es la voz que se ríe en el viejo lugar familiar? ¿De quién será, si no la de mi amor, si mi amor estuviera en la tierra todavía? ¿Podría abstenerse de los campos donde nació mi júbilo y el suyo, cuando yo estaba allí con su niño, sobre la hierba que conocía sus pies entre las flores que la guiaban cuando la víspera estival era dulce?

No, no, ya no es ella; jamás puede venir para mirar los carros de heno rodar sobre las praderas de su hogar; jamás puede besar a su hijo o poner en su mano el rastrillo que ella tocó hace rato en el medio de la cuadrilla de los henificadores. Ausente es su risa y ausente su vida; no hay tal cosa en la tierra, entonces no hay ninguna porción para mí en la conmoción, ninguna en la prisa, ninguna en la alegría.

No, hace falta que yo mire y crea que todos éstos desaparecerán, por lo menos cuando ha caído la noche, y que ella estará allí en el medio del heno feliz y fatigada por haber trabajado, esperando y añorando el amor. Allí estará como de antaño, la gran luna colgada por encima, sin luz y muerta la aldea, nada sino el vertedero despierto; allí se levantará ella para unirse conmigo, y se apresurará a tomar mis manos, y lejos de allí vagaremos, y sobre el puente antiguo debajo de muchos setos vivos rebosantes de capullos de rosas, hasta que alcanzamos la cresta chamuscada por el sol y la gran trinchera excavada por los romanos: entonces allí pararemos un rato para mirar el amanecer que avanza sobre la fragante tierra encantadora, hasta que todo el mundo se despierta y nos atrae a nosotros dos hacia los hechos del campo y el rebaño y el aumento del verano feliz.

Ay así, solamente así la veré, en los sueños del día o de la noche, cuando mi alma es seducida por su dolor para que recuerde los placeres del pasado. Ella es ausente. Ella fue y ya no es; no hay tal cosa en la tierra, no tal cosa hay en las imágenes pintadas; para mí hay vacío y hay escasez que ni puedo nombrar ni medir. Pero por mí y por todos éstos murió, así como vivió por un tiempo, para que el día mejor pueda llegar. Por lo tanto vivo, y viviré hasta que el trabajo del día pasado fracasa. Tengan un poco de paciencia les contaré el cuento de cómo y porqué ella murió, y de porqué soy débil y gastado y porqué he vagado a las praderas y al lugar donde nací: mas aquí y hoy no puedo; mi pensamiento siempre se descarriará hacia esa esperanza satisfecha por un poco y a la dicha del día anterior. Hoy apenas puedo pensar en la esperanza y de la angustia del gran mundo: me he retraído como un fantasma de las vidas de los vivos y de sus hechos terrenales. Bajaré al agua bajo el puente antiguo, y volveré sobre nuestros pasos de antaño hasta que alcanzo la cresta chamuscada por el sol,

y la gran trinchera excavada por los romanos; y allí contemplaré por un rato,  
y veré tres hormigueantes condados estirándose hasta que se desvanezcan en la calina;  
y en todas las viviendas de hombres que los ojos verán desde allí,  
¿qué hombre bajo el sol será tan desventurado como yo?

¡Ay, tonto! ¿Qué tipo de palabras son éstas? Tienes un dolor que cuidar,  
y has vivido intrépida y felizmente; pero éstos, si pronuncian una maldición,  
ninguna picadura tiene y ningún significado--es sonido vacío en el aire.  
La vida tuya es llena de luto, y la suya tan vacía y desprovista  
que no tienen ninguna razón para quejarse; ni tan feliz han sido  
que pueden medir el dolor o que pueden entender lo que la pena significa.  
Pero tú, tú tienes proezas por hacer, y pronto tendrás trabajo por arrostrar;  
vete, y medita en estas cosas por la tarde gastada por el sol.  
IX. «Un Nuevo Amigo»

He prometido contarles la historia de cómo me dejaron solo y enfermo,  
herido y dolorido, y de porqué la mujer que consideraba una parte de mi vida  
es ausente. Díganme, cuando todo se ha narrado, si creen  
que es justo que la tierra, que el mundo de los hombres, quepa todavía  
mi trabajo y mi cansancio; mas piensen en esa otra vida,  
el niño de mí y de ella, y los años y la lucha que viene.

Después de que saliera de la prisión fue difícil ganarnos la vida  
mediante el trabajo de las manos, y de las suyas; tuvimos que laborar por turnos,  
tal cual saben hacer los pobres, y no pueden entender los ricos.  
Vivimos justo fuera de lo más bajo, enamorados todavía y tomados de la mano.

¿Me preguntan si todavía, en medio de todo esto, no perdí de vista la caza  
y la esperanza de la mañana de la vida, y todas las cosas que haría y desharía?  
Quédense tranquilos; no soy ningún cobarde: no--poca prudencia había aprendido;  
hablé y sufrí por hablar, y mi carne fue quemada por mi hombría.  
Cuando el pobre piensa y se rebela, el azote cercano está listo;  
mas el rico que es rebelde puede vivir seguro por muchos años,  
mientras calienta su corazón con las imágenes de toda la gloria del porvenir.  
Hay la tormenta de la prensa y quizás de los críticos, pero cómodo es su hogar,  
hay comida por la mañana y por la tarde, y descanso al caer el día,  
todo es bello y en orden allí como el sol naciente y poniente--  
y conozco a los ricos y a los pobres a la vez.

Bueno, han dicho que me puse amargo;  
es muy probable que sí me pusiera así, ya que era amargo mi pan,  
y seguramente la planta infantil sabrá a la tierra que la nutre.  
Y aquí se ve en breve nuestra vida: escasez, inquietud y trabajo agotador,  
un pequeño miedo tirado y sustituido por otro, cada pizca de la vida  
nada más que un miedo, y la suma desdichada.  
Así es la vida de millones donde los hombres sólo sirven para ganar dinero,  
donde los pobres son mudos y sin proezas, donde los ricos no tienen miedo.  
Ay, ¿me he puesto amargo de nuevo? Bueno--estos son nuestros criadores,  
la base misma del orden, la piedra angular del estado;  
¿es de veras bueno, es seguro, que su hombría sea gastada  
por la lucha de la vida inquieta, por el sombrío dolor soportado en miseria,  
hasta que todo lo que había sido hombre dentro de ellos se haya muerto y desaparecido?  
No sería aun mejor si todos estos pensarían algún día,  
mientras miran las tristes caras de sus vecinos, viendo cuantos son:  
“¿Cuáles son estos cuentos de antaño de los poderosos guerreros?  
Sus héroes lucharon por el dominio de una ciudad, por el nombre de un bosque o de un campo;  
cayeron para que ningún emblema ajeno se blasonara sobre sus escudos

y por esto es su valor alabado y su fama renombrada,  
y sus nombres son queridos por siempre y llevan la corona del patriota;  
pues, ¿esperaremos en las calles, en este montón de la miseria,  
hasta que sus lápidas mortuorias se levanten para ayudarnos, hasta que el cielo nos libre?  
Nosotros ni lucharemos por ningún nombre ni por ningún blasón sobre estandarte o sobre  
escudo,  
sino para que uno escuche a otro, y para que la tierra produzca su aumento,  
para que nunca más en el mundo existan vistos como los que hemos visto,  
para que nunca más en el mundo existan hombres como los que hemos sido,  
para que nunca más la naturaleza humana sea estropeada y degradada así como ha sido la  
nuestra.”

Sí, así fui áspero de genio, y esto fue mi palabra más amenazadora:  
“Gasten y sean gastados por nuestra causa; por lo menos Uds. serán libres,  
aunque duros e incultos, empobrecidos y trillados sean.”

Bueno sí, fui denunciado por ser “amargo,” y apenas por fin podíamos vivir  
fuera de lo más bajo mientras andábamos nosotros dos, tomados de la mano.  
Yo había escrito antes para los periódicos, mas tan “amargo” me había puesto  
que ninguno ahora me aceptaría que me pudiera pagar una media corona,  
y lo peor parecía rodearnos; entonces, por casualidad,  
hablé en un Gremio Radical sobre la gran Revolución en Francia.  
Efectivamente no dije nada nuevo a los que ya lo habían aprendido todo,  
mas a ciertos les pareció mi conferencia como algo extraño.  
Fue tarde en la guerra atroz, y la Francia se había acercado al fin,  
y algunos de nosotros estuvimos boquiabiertos para ver cómo se terminaría la guerra  
y qué brotaría de sus cenizas. Conque cuando se acabó el discurso,  
y después de todo el murmullo y el entusiasmo, senti el gravamen que soporté  
aún más pesado a causa de todo lo dicho; me acercó para platicar conmigo  
un serio tipo bien vestido, un “gentilhombre” por lo visto joven,  
y comenzamos a charlar juntos, y tímidamente me alabó,  
y me preguntó, aunque casi sin palabras, mi historia y mis días mejores.  
Bueno, ¡vaya!--Me solté de todo, y me ruboricé mientras que andaba,  
(ya que ya andábamos) y amargamente le hablé de la injusticia.  
Quizás le enseñé algo, mas él era listo para aprender, y había venido  
a nuestros mítines laborales para adquirir un mejor conocimiento de los hombres.  
Suscitó, dentro de él, nuevo interés al oír mis palabras, aunque hablaba para probarlo  
más crudamente que me acostumbraba a hablar; pero cada palabra él  
precisamente pesó, sin reservar hasta la risa,  
como si quería mirar la vida desnuda de sus trapos de la costumbre.

Bueno, ¿por qué debo avergonzarme de que me ayudó en mi apuro?  
Mi esposa y mi niño, ¿les debo matar? Y el hombre de veras fue un amigo,  
y el trabajo que me había conseguido lo hice así como otro lo pudiera hacer  
(que entiendan que tenía que ver con la escritura.) En breve, muy pronto él se hizo  
socio de nuestro gremio y lo veíamos dondequiera que nosotros obreros  
nos reuníamos, aunque nunca lo llevé a mi guarida.  
Se apasionó por la Causa, y nosotros dos nos hicimos amigos:  
era elegante de mente y de cuerpo, valientísimo como demostraría al fin;  
era alegre, a pesar de su tristeza; era perspicaz e inteligente:  
era como un perfecto caballero de antaño, cuyas proezas los poetas contarían.  
Así fue el amigo que al fin gané mediante mi amargo discurso.  
Me amó; me dio pena al alma: ahora el amor y la pena se han pasado;  
él, con su erudición ardiente, es ahora ausente, con su tristeza y su alegría,  
con su esperanza y su deseo afectuoso. No hay tal cosa en la tierra.  
No murió sin amigos--se puede decir, quizá, que no murió sin amante.

Entre mi vida y su anhelo ondula un mar ilimitado.  
¿Qué valen esas memorias ahora, entre todo lo que debo hacer,  
cuando las proezas que cometer son tantas, y los días de mi vida tan escasos?

#### X. «Listos para Salir»

He dicho que mi amigo recién encontrado al principio no vió mi guarida;  
sin embargo, él, mi esposa y yo de vez en cuando nos encontrábamos,  
y por fin, después que mi trabajo se aumentó y mi cuchitril llegó a ser una morada,  
empezó a venir con bastante frecuencia, y nos unimos aún más.  
Entonces en el hombre sucedió un cambio; se mantuvo a distancia por un mes,  
entonces regresó y estuvo con nosotros cada día por dos semanas,  
mas se sentaba a menudo callado, escasamente como tenía por costumbre entre nosotros.  
Al principio no tenía yo ni idea qué era lo que lo constriñó de tal manera;  
habría pensado que hubiera empezado a dudar, pero de vez en vez se observó  
un destello de su llama entusiasta, cuando discutíamos la Causa y sus proezas,  
y entre tanto pareció sí mismo; luego se apagaba la claridad,  
y se entristecía, echándose atrás de mí.

Así pasaban los días,  
y, desanimado, yo reflexionaba, hasta que por fin nos sentábamos juntos  
una noche en la sala iluminada por el fuego, platicando sobre varios temas,  
pero principalmente, de verdad, sobre la guerra y lo que sucedería después;  
puesto que París caería pronto, y esperanzas atrevidas revoloteaban  
entre nosotros comunistas; discutimos lo que se podría hacer  
después de la salida de los prusianos, cuando se dejaran solos  
a los engañadores y a los engañados en la Francia devastada por la guerra.

Al pronunciar la palabra “engañados” tropecé de un vistazo con su mirada,  
y él velozmente volvió la espalda a mí; entonces me enfrentó  
con una mirada fija, y parecía así como cuando la punta de una espada  
provoca a la punta de otra en corros cerrados al principio de una batalla.  
Pues sabía que aunque a mí me miraba, no a mí me veía sino a mi esposa:  
se ruborizó hasta la frente, y de tal manera a mí me cegó por un rato  
el tumulto de la sangre que apenas discernía el bien o el mal,  
hasta que me di cuenta de que él se había levantado y marchado  
sin decir palabra. Entonces di la vuelta a ella, y oí una voz temblorosa  
como la música sin sentido, y oí dos veces mi nombre.  
“Ay, ¡Ricardo, Ricardo!” dijo, y sus brazos me rodearon,  
y sus lágrimas y los labios que yo amaba una vez más me tocaron la cara.  
Por un rato me agarré a su cuerpo, y la dulce añoranza dolorosa  
reemplazó en el corazón la tristeza, engañándolo; pues nos partimos  
y ella lloró a lágrima viva, mientras bellos cuadros del pasado  
me deslizaban alrededor de mi triste corazón, y me sentí pasmado y fatigado.  
Mas nos sentábamos aparte de nuevo sin hablar, mientras que entre nosotros había  
el agudo dolor amargo, como una espada entre los amantes asombrados en la estéril cama  
de matrimonio. Pero durante algún tiempo platicamos juntos, y apenas supe lo que yo decía,  
pero no fue ni ira ni reproche ni la frialdad del odio engendrado por el amor;  
puesto que, quizás, sentimos el destino cerniéndose sobre nosotros.  
Fuimos ligeros y amistosos juntos y, si alguien nos hubiera visto así,  
habría dicho, “estos dos son uno a pesar de toda desgracia y aflicción.”  
Pero en realidad, como una pareja marida, evitamos los ojos del público,  
viviendo juntos y meditando sobre los días que jamás regresarían.

Los días pasaron y vivimos juntos; Arturo no regresó--  
grave y tristemente nos encontramos y sin cualquier sonrisa como saludo  
durante los mítines: mas todavía no había crecido ningún odio entre nosotros,

aunque al principio mi corazón se me caía cuando nuestras miradas se cruzaron:  
cuando él habló entre nosotros y nosotros dos estuvimos de acuerdo como si fuéramos uno, y reconocí su fe y su  
sabiduría, se me dolía el corazón.

Evitamos encontrarnos solos, ya que las palabras que tuvimos por decir  
nuestros pensamientos no pudieron expresar--todavía no, hasta muchos días después.

¡O día infeliz de todos los días de mi vida! Pero ay--¡que puedan regresar!  
¡Cuan dolorosos--mi añoranza regresa a su desgracia y tristeza y dolor!

Mas pasó el tiempo, y una vez nuestra esposa y yo nos sentábamos en nuestra sala,  
en la luz crepuscular de Londres, en la penumbra de febrero, cuando oímos  
que alguien llamó a la puerta--y él, pálido, pasó, pero brillantes eran  
sus ojos--y supe que algo había pasado, y se me hizo un nudo en la garganta:  
“¡Se acabó!” dijo--“y ¡así comienza! París por fin ha caído,  
y ¿quién sabe qué sucederá ahora, después de todo lo ya sucedido?  
Allí, y ahora, nos necesitarán.” Lo seguí: “Bueno,  
vámonos, nosotros tres juntos, allí para morir con dignidad.”

“No”--dijo él--“para vivir y ser felices con dignidad.” Pues se puso colorado,  
y ella también al escucharlo, como si una sola idea hubiera corrido por sus cuerpos.  
Entonces le di la mano y a ella le besé la frente una vez,  
pero incluso entonces nuestras mentes no pudieron expresar por las bocas  
ni palabra que pediría perdón, ni palabra que perdonaría.

En la penumbra de Febrero,

hasta muy entrada la noche, nos sentamos planeando, y allí estuve en la sala,  
y participé en las deliberaciones; pero todavía los pensados del corazón, solos y apartes,  
vagaban en los campos donde una vez yo había sido joven, antes de regresar  
al París no visto y a los caminos preparados para la guerra.  
Avanzaba la noche y encendimos las velas, y nos apiñamos juntos,  
y aunque estuvimos en un poco de desacuerdo al asentar qué hacer,  
de mi alma se disipó la confusión mientras que la hora de la acción se acercaba.

Bueno, lo llevé a mi niño al campo, donde antes nos habíamos domiciliado,  
y lo entregué al cargo compasivo de una mujer bondadosa,  
una amiga menor de edad de mi madre. En cuanto a Arturo, le dejé contribuir  
su dinero, ya que no tuve mucho, para que viva y florezca el muchacho,  
por miedo a que nosotros tres, o yo y Arturo, perezcamos en el tumulto  
o a que por lo menos nunca más pueda mirar la cara de su padre.  
¿Gritan “¡qué vergüenza!”? Acuérdense bien otra vez  
que dentro de mi niño un hombre crecía; ¿deben mi orgullo y mi sufrimiento  
deshacerle la hombría en él; deben arruinarle sus días y sus propias proezas?  
Pues me tragué el orgullo, e hice lo que juzgué justo,  
dejándolo en el campo.

Bien pueden imaginar, de veras, la manera en que  
mi corazón se hinchó al despedirme de la paz del río y del prado,  
mas soporté todo severamente y me dirigí otra vez a la ciudad.  
Y mientras viajaba solo, esto permanecía en el corazón:  
“Quizá morirán; quizá vivirán felices; pero yo sé mi papel--  
¡hacer todo lo que yo pueda en París, y allí en París morirme!”  
Y dije, “El día de las proezas y el día de la liberación está cercana.”

XI. «Una Vislumbre del Día Venidero»

¡Fue de veras extraño, aquel viaje! Jamás hasta entonces yo había cruzado el mar  
o había mirado otro pueblo que la gente que me crió,  
y mi corazón se levantó y palpité cuando tropezamos con los barcos de los pescadores

que se balanceaban dentro de la neblina nocturna y en la luz de la luna escondida, mientras el mar pálido se extendía bajo el alba falso; así, como los fantasmas de barcos, se desvanecieron en la noche, y el muelle de Calais nos apareció. Realmente fue de ensueño cuando nos sentamos juntos en el tren, acelerándonos hacia el destino. Pero una siesta profunda me abrumó, y en ella soñé del francés que una vez, al lado del arroyo poblado de sauces, había sido mi maestro, y habló, contándome historias de la guerra todavía no hecha, y la victoria nunca ganada, pidiéndome que jamás olvidara, mientras yo seguía andando, todavía infeliz, al lado del hogar de las percas rayadas. Por fin, con un destello de luz, un traqueteo y un bandazo de costado, me desperté atolondrada y estúpidamente, y de nuevo se despertó mi tristeza, y nos apareció el gris de la mañana mientras nos apurábamos por el llano de los álamos, junto a los arroyos rebosantes y las casas con sus grises techos desgastados y curvados, y el arado sin su caballo en el surco, y bellas cosas inocentes. Allí se sentaba mi esposa ante mí, y ella también soñaba, ya que las lágrimas lentas caían de sus párpados mientras, dormida, lloraba. Pero Arturo, sentado a mi lado, se despertó; su cara era ruborosa, sus ojos percibían de inmediato la imagen de cada bello lugar que pasaba como un rayo por la vista mientras nos lanzábamos adelante; sabía que la dicha de la vida dentro de él era fuertemente resucitada por el pensamiento de la lucha venidera. Entonces yo también pensé por un ratito que es afortunado, no obstante la pena, es afortunado mirar las vistas de la tierra y así vivir bajo la luz durante el día. Sí, juzgábamos que nos apresuráramos hacia la muerte, y esto nos despejó la visión, y apreciábamos tanto el deleite de los días de nuestra vida como su tristeza.

Mas ahora al llegar a París estuvimos de nuevo en la luz del sol y en las calles, y fue extraño ver las caras que hallaron nuestros ojos perplejos; ¡qué alegría, qué paz, qué placer! Sabíamos que la gente era contenta, pero no sabíamos el cómo y el porqué; nosotros, que acabábamos de atravesar la vencida tierra abatida, que hacía muy poco tiempo acabábamos de verlos a los soldados prusianos allí en St Denis y de oír sus trompetazos, sus tamborileos, y sus gaitas castañeteantes por la frescura de la mañana-- sin embargo, ¡aquí veíamos alegre la gente que éstos habían tiranizado! Pues por fin vimos izada de un gris edificio de piedra una gran bandera de un solo color: rojo y solemne ante el azul del azul cielo primaveral, y detuvimos y nos volvimos uno a otro para contemplarnos; la esperanza de la ciudad nos envolvió en alegría y en gran asombro.

Como ensueño nos bañamos y comimos, y con todo detalle, muchas veces y de muchas maneras, se nos contó todo el cuento del día antes: de como, mientras estuvimos amontonando una maraña de apuros allí en Londres, mientras yo, por mi parte--que sea dicho--un solo paso del borde de la desesperación, en París había llegado el día de los días; el golpe del enano vil se había dado para enloquecer la ciudad de París y para aplastarla, pero se rompió la espada embotada. Ya no había ni enemigo ni necio en la ciudad, y París era libre; tal como es esta mañana, así será mañana toda la Francia.

Escuchábamos, y en nuestros corazones decíamos, “Dentro de poco toda la tierra...” y aquél día de todos los días por fin conocí el valor de la vida; pues vi lo que pocos han visto, un pueblo cuyo cada corazón era contento. Entonces por fin yo supe que nuestro mensaje del día venidero, que tantas veces, agraviado y pesaroso, escasamente seguro si fuera nada más que la desesperación por el presente o si fuera esperanza por el día pendiente, yo había predicado--ahora afirmo que lo veía--verdadero, sólido, a la vista.

Que extraño, la manera en que mi corazón regresó a nuestro escondrijo de la tierra, y cuan clara y distintamente lo vi, como si verdaderamente anhelé darle una parte de la alegría y de la satisfacción de necesidades que observaba en la gente acá. Por esto en nuestro país en la primavera los estorninos decoraban los gabletes con su gorjeo; por esto los zorzales cantaban en el espino; por esto la nube verde se extendía encima de los sauces; por esto los niños se regocijaban y añadían sus gritos de un anhelo anónimo al mezclado sonido matutino; para esto existía la promesa de la primavera y las nuevas hojas que anhelaban ponerse coloradas, y los blancos caminos que vagaban entre los acres, y los sedientos prados calentados por el sol. En el pasado todo era la obra del dolor y de la vida sin recompensa, y el agotamiento pedido por el miedo y por la necesidad del amo y del déspota; pero ahora todas cosas se están cambiando, y hacia nosotros se correrá, por la historia de los cambios del año, una esperanza sin cualquier miedo. Ahora la primavera arrancará la guirnalda que el verano teje para todos, y el otoño preparará el banquete y el invierno llenará la sala. O Tierra, amable abastecedora, antiguo lugar fructífero, ¡cuan bella y querida ahora brilla tu cara feliz!

Y dije, “Ay madre, mi madre, si pudieras saber, cuando en tus rodillas me tendía esperando y temiendo por mí, de los días que viviría, si supieras de la muerte que anticipo y de las proezas en las que participaría, ¡cuan plácida habría sido tu alegría! ¡Cuan dulcemente habrías sonreído de mi bienestar! Habrías maravillado como una mujer de antaño que haya dado a luz a un dios de la tierra, y por alegría que no conoce ningún idioma sueñe con el nacimiento feliz.”

Sí, verdaderamente bellas fueron aquellas horas, pase lo que pase de entonces en adelante, y disiparon todo mi dolor y todo pensamiento de mi casa perdida. Mas no para mis sueños de alegría habíamos atravesado el mar: ese día entregamos las cartas que nuestros amigos me habían dado, y ardientemente deseamos algún deber por la causa. ¿Qué deber existía más que aprender a luchar y la manera de morir en caso de necesidad? Nosotros tres no pudimos proponer otros, y nos habíamos esforzado. Nosotros dos hombres tratamos de merecer los galones del sargento, y fuimos de veras diligentes: Arturo, de tal manera que siempre se comportaba, manifestó su animado talento vivo que nunca podría ser escondido, pero que nunca hería el orgullo de nadie que él era destinado a superar. Mas en cuanto a mi esposa, llevó la banda ancha de las ambulancieras, y nos serviría ligera y valerosamente, y sería una hermana de todos, una hermana entre los desconocidos y ¡ay mí! una hermana para mí.

## XII. «Entablando el Combate con la Máquina de Guerra»

Así morábamos en la ciudad rodeada por la guerra, desempeñando nuestros papeles en su vida. Recordándolo todo en Inglaterra yo, un átomo de la lucha, puedo ver que habría podido intuir del principio como concluiría, la esperanza del hombre devorada en el día en que los dioses tienen sed. Pero en esos días, les digo, llevamos una vida que no era la nuestra; veíamos sólo la esperanza del mundo, y la semilla sembrada por las edades brotar, de la tierra que cubría los muertos, un árbol resplandeciente en flor. Se animó la tierra; la tierra se inflamó en primavera por la sangre vertida por sus amantes, por los días felices repudiados por su último día feliz, por el amor de las mujeres renunciado, y la brillante juventud gastada, por la suavidad quitada de las vidas empujadas en los empujones de la guerra, por la esperanza del corazón robusto siempre menguante desde lejos.

O Tierra, Tierra, ¡mira tus amantes, que conocieron todos tus regalos y tus aumentos,

pero que los repudiaron por ti, y ganaron el dolor infructuoso!  
Es verdad que piensas en ciertos, de cuyo cuento nunca te olvidarás,  
hasta que las inundaciones de tu océano se sequen y hasta que palidezca tu sol.  
Pero te pido que recuerdes hasta estos de los días recientes, que no fueron alimentados  
por ninguna bella promesa, que no fueron emborrachados por la alabanza.  
Para ellos ningún cielo abrió para otorgar la corona del mártir;  
ningún pueblo liberado los lamentó, y ninguna cosecha de la fama  
recogieron con la guadaña de la batalla; ni alrededor sus lechos de muerte  
la vertió el rocío de la bendición su amable despedida amistosa;  
en los caminos sórdidos de la ciudad entre una gente que no los conocía,  
en la muerte-en-vida de la cárcel les repartiste su parte,  
pero los descubriste en el medio de acciones; no fueron tan débiles  
que, lamentándose de sus vidas, frunció los entrecejos al mirar su gandulería,  
no--eran a menudo alegres y felices; solían extraer algún júbilo  
que otros, en sus pacíficos viajes por la vida, no habían ganado.  
Así procedían, siempre sin regalos, y no buscaban la ayuda de la suerte.  
Vivieron por tu liberación, O Tierra, y por ti lucharon;  
entre los escarnios de los cómodos y de los gandules, entre amigos que caían,  
andaron hacia su fructuoso final predestinado, absortos en el amor de ti.

Sí, y éramos una parte de todo eso, desde el principio del fin,  
la primera escaramuza de la última batalla hacia la que todas las naciones se dirigen;  
sin embargo, si les contara la historia a Uds., quizá la juzgarían banal y trivial.  
Porque pocos de Uds. pensarían en el día que podía venir,  
y aún menos, yo creo, pensarían en el día que vendrá,  
el que encenderá ese primer comienzo y su enmarañada miseria.  
Ya que es una verdadera máquina la guerra que ahora los hombres hacen,  
y no tenemos su mango en la mano, nosotros alienados de nuestra herencia,  
nosotros obreros, los esclavos de máquinas.

Bueno, nos pulverizó bastante bien

esta máquina de la Burguesía vencida, y el trabajo era a menudo duro  
que requería para su dinero. Al principio yo, como muchos otros soldados jóvenes,  
apenas sabía por qué nuestro lado hubiera llevado la peor parte,  
ya que, hombre por hombre en grupos, afrontamos bien el reto;  
yo pensaba, "Bueno, mañana o el día después habrá una nueva historia por contar."  
Yo era feroz, y no tenía miedo, ¡cuan bellos eran los bosques,  
y los huertos y los jardines soleados, a pesar de toda la muerte que allí hospedaban!  
Y pocos excepto los tontos son dispuestos a irse del mundo en el acto,  
con la historia acabada y realizada, con la vida y la luz terminadas.  
No tenía yo--¡bien sabes, O Tierra!--ningún odio a la vida entre las balas en mi cuerpo,  
aunque el dolor y la congoja me oprimieron de tal manera que nunca podré sufrir más.  
Pero en esos días ya pasados parecían una sola cosa la vida y la muerte;  
sí, hasta la vida que alcanzábamos, la que jamás se podría deshacer.

¿Les gustaría que hablara de la pelea? Bien, saben que era nuevo para mí;  
con todo, pronto parecía como si hubiera durado por siempre, y que por siempre duraría.  
La mañana cuando hicimos esa salida, ciertos crecieron (pero yo no)  
que dentro de pocos días más todo se acabaría: sólo pocos habían muerto,  
y el resto sería feliz desde entonces. Pero mi sangre obstinada del país  
me compelia reservar mi grito hasta que estuviéramos fuera del bosque.  
Y ésa quizás era la razón por la que yo estuve un poco desanimado,  
mientras todos estábamos apiñados esa noche en una masa indefensa,  
como suelen los derrotados apiñarse: y yo sabía bastante de la guerra  
para reconocer en su trabajo inexperto cuan graves son ciertos errores.

Había Arturo, ileso, al lado de mí, y mi esposa que había regresado,

y de veras esa víspera había amor entre nosotros y ninguna escasez del dolor, mientras discutíamos el asunto, y los corazones hablaron más que los labios; y decíamos, “aprenderemos, aprenderemos--sí, hasta de desastres y errores.”

Bueno, sí aprendimos muchas cosas, pero no aprendimos cómo prevalecer sobre máquina brutal de guerra, el cruel aplastador de la desdicha; por el mundo burgués fue hecha para el mundo burgués; y nosotros, se puede decir que éramos como el tejedor de la aldea contra el telar mecánico. Más y más se acercó, y empezamos a anticipar el fin--nosotros tres, por lo menos--y nuestras vidas empezaron a mezclarse con la muerte, aunque duró mucho tiempo la angustia--sin embargo, quedo vivo como un fantasma en la tierra donde fuimos una vez felices, para mirar a los amados y a los perdidos.

### XIII. «El Fin de la Historia»

¿Cómo puedo contarles la historia de la Esperanza y de su defensa?  
Nosotros tomamos trabajo en un círculo estrecho, de acá, de allá y acullá;  
hacia las paredes, entonces hacia atrás por un rato; a la fortaleza y allí para permanecer,  
vejetes y muchachos y mujeres; vivieron allí y murieron  
sin haber aparecido mucho en la historia. La he oído contada desde entonces,  
y meras mentiras son nuestras proezas en las bocas de los felices,  
y pronto hasta éstas serán olvidadas mientras gira el mundo en su órbita,  
demasiado ocupado para la verdad o para la bondad. Con todo, ve mi alma el día  
cuando serán los que ahora son niños la nueva generación,  
y hasta en nuestra tierra del comercio y en el taller al otro lado del mar  
entre ellos brotará la historia; sí--el mismo soplo del aire llevará  
el cuento verdadero a los corazones ardientes de los obreros.  
Año tras año se reunirán con la bandera roja de arriba,  
e invitarán la ayuda de los vencidos y la bondad de los muertos.  
Y el tiempo, que desgasta la mayoría de las cosas, y los años, que cubren  
el cuento de los tontos triunfantes, siempre más claramente mostrarán  
los hechos de los ayudantes de la humanidad a cada edad y clima,  
los hechos de los malditos y de los conquistados, que fueron sabios antes de su tiempo.

Entre éstos eran mi esposa y mi amigo; allí terminaron, como las generaciones  
que los habían precedido, sus viajes en grupos tan multitudinarios como las hojas  
de la primavera, rápidamente cayendo como las hojas del otoño como ha dicho  
el antiguo poeta, cada uno con un amor y con una historia. ¡Ay, qué pena, cuan jóvenes los  
muertos!

“Cuál es toda esta charla?” Uds. están diciendo; “Porqué este largo retraso?”  
Sí, es cierto, es duro contar. Sobre las cosas demasiadas graves de decir  
me gustaría quedarme callado, pero no me puedo callar. Bueno, me apresuro hasta el fin--  
acercábamos la última conclusión de la esperanza que ayudamos a defender.  
Las fortalezas habían caído y los enemigos se aproximaban a la pared escasamente tripulada,  
y no nos quedaron muchas horas hasta la última hora y la caída,  
y vivimos en el medio de las balas, y rara vez nos fuimos  
a lo que todavía eran las calles por las horas de noche o por las de día.  
Nosotros tres luchamos juntos, y yo, demasiado atareado para pensar en el fin,  
Hice el mejor que pude, mas era Arturo mejor que bueno;  
inventivo, entusiasta y ávido, corría de puesto a puesto  
para enviar a todos que se movieran y para desplegar a cada hombre.  
Se había ido por tal diligencia, y estaba ausente un rato,  
cuando me di vuelta por un momento y vi la cara bella de mi esposa,  
y su pie puesto firmemente sobre la muralla, mientras aquí y allí se apuraba  
a ayudar a tantos de nuestros camaradas heridos como podía.

Entonces directamente me miró con tales amistosos ojos encantadores de los recordados días del pasado, que desde mi corazón empezó a subir la sofocante pasión, estallando en sollozos; pero la guardé, y sonreí, agitando la mano en el aire--pero con eso su cara se puso salvaje en un momento del tiempo, y ella miró fijamente a lo largo de la pared, y vi a un hombre que corría y que se agachaba tambalearse y caerse, e inmediatamente lo conocí como Arturo; hacia él y sin voz, ella fue corriendo, y yo, gritando en voz alta, con ella. Pero antes que pudimos alcanzar al hombre, ¡miren! un rugido y un estrépito alrededor de nosotros, y mi cabeza dolorida dándome vueltas, y una luz blanca que se volvió negro, y ni cielo ni aire ni suelo, y entonces necesito describir como un gran vacío; pero de hecho el idioma no posee ningunas palabras con las que podría contarles su horror; así como es un mapa a un cuadro, así es todo lo que pueden decir mis palabras.

Pero cuando volví a mí, enfermo estuve y acostado en la casa de un amigo entre mezclados ruidos extraños, y mi propia mente allí vagaba; el delirio estuvo de hecho en mí y alrededor por todas partes. Eso pasó, y todo se puso tranquilo, y yo también me calmé: toda la tensión que durante los últimos tres meses me habían infligido se hundió ante el desamparo. Me mejoré, y entonces me contaron el cuento de lo que había sucedido; primero, que me habían ocultado empleando el nombre de un amigo suyo que fue matado por mero infortunio y que había sido inglés como yo, ningún rebelde, y que poseyó los papeles con los que bien podría escabullirme cuando quiera que me sintiera algo mejor. Entonces supe, aunque no me lo habían dicho, cómo todo había acabado, y mi corazón se puso enfermo y frío. Mas de hecho, de entonces en adelante, me he esforzado a vivir mi vida, que así como era, tan desgraciado, con todo podría seguir viviendo más para luchar. No me dijeron más que pocas palabras acerca de aquel gran asesinato cruel, y cómo las calles de la ciudad se bañaron bajo la sangre de los inocentes, y otros horrores tampoco me contaron, excepto con una palabra o dos, cuando me narraron su esquema ahorrarme de las manos del equipo malvado, por lo que me conjeturé lo que había pasado, sin necesitar más detalles. Y por fin vino la hora de contarme el otro cuento de mi esposa y de mi amigo, aunque eso también creía que lo supiera bastante bien. Bueno, dijeron que el fragmento de un proyectil me había herido, y que otro la había matado en el acto mientras adelante ella corría hacia Arturo, que se había golpeado por una bala. Nunca había tocado al hombre cuando eran vivos juntos, pero después mientras se tendían ambos muertos, juntos en una camilla, entonces personas que no nos conocían, pero que se habían emocionados a haber visto al par tan bello y tan patético, los juzgaron marido y esposa predestinados a morir allí, o, de verdad, bien puede ser amante y amante--¿pero qué sé yo?

Bueno, Ustedes saben que me escapé de París, y que atravesé el mar estrecho, y que me abrí paso al país donde nosotros dos solíamos estar, y ése es lo más reciente y lo más último del cuento que tengo que contar. Vine aquí no para despedirme de mi felicidad, ni para cuidar mi pena, ni para ganarme el aumento de una vida herida, que debido al dolor pasado me podría escudar de la lucha. Vine para cuidar por mi hijo, y para ponerme valiente y fuerte, para que dos hombres hayan de aquí en adelante para luchar contra el mal; y me aferro al amor del pasado y al amor del día del porvenir, y el presente es sólo el edificio del hombre que va a ser fuerte en mí.